

¿QUIÉN dicen
ustedes que SOY YO?



CARTA PASTORAL DEL
ARZOBISPO JEROME E. LISTECKI
AL PUEBLO DE DIOS EN LA
ARQUIDIÓCESIS DE MILWAUKEE

¿QUIÉN DICEN USTEDES QUE SOY YO?

Prólogo

En este Año de la Fe que el Papa Benedicto XVI ha convocado, nosotros, el Pueblo de Dios, la Arquidiócesis de Milwaukee y la Iglesia local del sureste de Wisconsin, tenemos la oportunidad de reflexionar sobre la naturaleza de la Iglesia y, así, recapitular algunos de los ricos lineamientos teológicos del Concilio Vaticano II.

Durante estas últimas décadas, ha sido obvio el esfuerzo que existe en algunos ámbitos de nuestra sociedad en redefinir a la Iglesia, en recrearla según imagen de varias ideologías, preferencias personales y opiniones socio-políticas. Más aún, hay algunos que, a partir de un liderazgo fracasado en el área del abuso sexual de menores por clérigos, han tratado de disminuir la importancia y, más aún, cuestionar la existencia de la Iglesia y su rol primordial en la conducción de los fieles hacia la santidad.

Esta visión limitada de la naturaleza de la Iglesia es contrarrestada por su misma historia. Es precisamente este camino hacia la santidad, una proclamación y manifestación del amor de la Iglesia por el Señor, lo cual dio las fuerzas necesarias a hombres y mujeres religiosos para realizar obras corpóreas y espirituales de piedad en medio de aquellas regiones que recién se desarrollaban en el Medio-este de los Estados Unidos. Estos hombres y mujeres lucharon contra muchas adversidades para establecer hospitales, lugares para el cuidado de la salud, orfanatos, y escuelas – mucho antes que el Estado de Wisconsin existiese como tal – y pudieron ofrecer muchos servicios que hoy son presentados por algunos como iniciativas exclusivas del gobierno. Estas comunidades religiosas siguieron a Cristo y a su Iglesia y estaban comprometidas al servicio de sus hermanos y hermanas mucho antes que el gobierno fuese establecido. Ellos hoy continúan haciendo lo mismo, buscando hacer el bien cuando y donde las necesidades básicas del individuo no pueden ser satisfechas por medios exclusivamente civiles.

Los fieles laicos que se establecieron en estas tierras construyeron parroquias para la distribución de los sacramentos y formaron comunidades que apoyasen el crecimiento local y del bien común. Ellos llevaron a cabo estos ministerios no de manera aislada, sino en un esfuerzo conjunto con la Iglesia y por la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo.

Ahora, en este punto de la historia de la Arquidiócesis, el Pueblo de Dios profesa nuevamente su creencia en la Iglesia que es Una, Santa, Católica y Apostólica. Reenfocamos la atención en la Iglesia, la cual reta cualquier creencia a vivir plenamente el mensaje del Evangelio, a redescubrir el significado teológico que contribuye a nuestro patrimonio de Fe, y a seguir la dirección del Papa Benedicto XVI a examinar las convicciones doctrinales sobre su naturaleza y misión.

Ha sido nuestro objetivo hacer esta Carta Pastoral accesible a todos. No pretende agotar todo el significado doctrinal y teológico, pero espero que motive e informe una discusión y estudio profundo, lo cual reforzará la riqueza teológica y espiritual de la Iglesia. Nuestro objetivo final es que los fieles tengan la oportunidad de renovar el fervor espiritual y se reconecten a la misma fuente sobrenatural y al poder transcendente que motivó a muchos otros creyentes a construir la Arquidiócesis de Milwaukee y, sin dudas, cambió al mundo.

**CARTA PASTORAL DEL
ARZOBISPO JEROME E. LISTECKI
AL PUEBLO DE DIOS EN LA ARQUIDIÓCESIS DE MILWAUKEE**

Introducción

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, Sacerdotes, Diáconos, Hombre y Mujeres en la Vida Consagrada, Familias Católicas, Ministros Laicos, todos los Bautizados, Compañeros Creyentes, y Amigos todos a lo largo y ancho de la Arquidiócesis:

“¿Quién dicen ustedes que soy Yo?” (Mt. 16, 15). Estas son las palabras que Jesús dirigió a sus seguidores más cercanos en Cesarea de Filipo aun cuando su vida terrenal se acercaba a su fin. Sus días estaban contados y Jesús parecía preocupado con esta pregunta capciosamente simple. Su preocupación sería quizá si hubiese alguno que lo haya entendido. ¿Existe alguno que haya comprendido su personalidad y propósito? ¿Hay alguien que haya comprendido quién y qué significó Jesús? Cuando llegase su momento, ¿será su predicación y ministerio llevado a cabo y continuará resonando o su memoria y misión cesará con el pasar de la historia? En otras palabras, entre las diversas e inmaduras comunidades cristianas, ¿quién trabajará por Su reino y cómo lo hará?

Este pasaje del Evangelio de Mateo ha sido considerado como texto central cristiano desde hace mucho tiempo. Será necesario referirnos un poco a su contexto para entender la profundidad del encuentro descrito en este texto. En el territorio del Tetrarca Filipo, Jesús aborda a los Doce y comienza a envolverlos en una enseñanza interpersonal, profunda y sostenida. La pregunta de Jesús apunta al centro del asunto ya que nos da a entender que, más allá de lo que ya aparece, hay algo más que debemos conocer de Él; algo que sólo puede ser visto a través de los ojos de la fe. Los propios encuentros de sus seguidores con ese misterio los condujo a un cierto tipo de compromiso y convicción. Este *algo* fue el misterio de la Encarnación, el cual es hoy la clave crucial interpretativa para aquellos que abracen y busquen explicar la Iglesia de Cristo.

Es importante notar *donde* Jesús escoge reunirse con los Doce: Cesarea de Filipo; una región con una gran variedad de cultos, templos y creyentes. Este lugar se encuentra cerca de la fuente del Río Jordán, haciéndolo así un lugar altamente evocativo para el pueblo Judío. Fue precisamente allí donde Herodes el Grande construyó un impresionante templo de un mármol blanco al “deidad” del César. La fuerza superior y la estatura divina de sus autoridades seculares eran representadas como si fuesen virtualmente omnipresentes. “En el tiempo de Jesús, un culto a la fertilidad florecía en el templo pagano a Pan en este lugar, localizado en el borde norte de Israel con Siria, al pie del majestuoso Monte Hermón. Fue aquí, en este centro de excesos sexuales y culto pagano al dios griego Pan, donde Jesús preguntó a sus discípulos sobre su mesianidad. Fue aquí donde Pedro proclamó a Jesús como el Mesías del Dios verdadero.”¹

Es aquí donde se para Jesucristo, en su camino a la Cruz, rodeado por los monumentos de las deidades sirias, en el patio de los dioses griegos, un lugar donde la memoria de Israel se hace pesadamente presente en aire y, al mismo tiempo, donde la adoración heroica al César era enfáticamente proclamada por un templo reluciente y desafiante.

No obstante, Jesús se dispone a sí mismo – un pobre, si bien asombroso, carpintero cuyo ministerio será consumado en la crucifixión – en contraste a esta escena de poder humano y

aspiraciones a autoridad trascendente. Él pregunta a sus Apóstoles: “¿Quién dicen ustedes que soy Yo?” Este es un Jesús confiado de Su misión divina, sirviendo a sus hermanos y hermanas amados tal como Su Padre había planeado desde la eternidad, plantando las semillas que el Espíritu Santo pronto cosecharía. Él se para y comienza a enseñar a estos seguidores suyos, al menos una última vez, sobre el ministerio de reconciliación que recibió del Padre, sobre la misión que Su Espíritu dador de vida sostendría, la cual sobrepasaría cualquier brillo o tiempo de los diversos cultos, del esplendor espiritualista y de las vulgaridades seculares expuestas detrás de Él.

Nosotros vivimos en un mundo que no difiere al mundo que Jesús enfrentó. Mucha gente continúa respondiendo de múltiples maneras la pregunta que Jesús presentó. Existen aquellos quienes rápidamente aceptan a Jesús como un verdadero humanista cuyos principios éticos retan a la cultura existente y ofrecen consejo moral y espiritual. Existen otros que ven a Jesús como un profeta quien, de manera radical, proclamó una visión de otro mundo, pero que, como muchos otros profetas que capturaron la imaginación de las masas y retaron el *status quo*, fue ejecutado por la autoridad gubernamental que lo percibió como una amenaza. Aún otros modelan una imagen de Cristo y Su Evangelio que busca reforzar sus propios preconcebidos compromisos sociales y políticos. Sin embargo, lo que estas posiciones intentan alcanzar políticamente o abogar ideológicamente no deben determinar sus interpretaciones de Cristo y Su Iglesia; al contrario, Cristo y Su Iglesia deben determinar cómo ellos se ven a sí mismos, al mundo, y la manera en la cual ellos entienden lo que realmente contribuye al bien común y a la dignidad humana.

Actualmente, la Iglesia continúa reflexionando sobre la misma pregunta punzante presentada a los Doce. Como católicos contemporáneos, debemos considerar: ¿Quién decimos *nosotros* que Jesús es realmente? En el Evangelio de Mateo, la pregunta es presentada para obtener un sentido de la opinión pública, para calibrar la visión de la comunidad en general: “¿Quién dice la gente que soy Yo, el Hijo del Hombre?” (Mt. 16, 13) Las cosas que la gente decía parecen ofrecer halago a Jesús al pensar que Él era Juan el Bautista, Elías, Jeremías o alguno de los profetas. Estas respuestas reflejan la alta estima en la que muchas personas tenían a Jesús. Es una indicación del deseo humano por un cierto tipo de liderazgo que estableciese un cierto reino terrenal en términos de poder y prestigio. Sin embargo, estas respuestas no logran capturar el misterio en el corazón de Su identidad. Le tomaría a la Iglesia mismas cientos de años en proclamar de una manera más explícita y distinta: Jesucristo es el Hijo Unigénito de Dios (Credo Niceno), la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, una persona en dos naturalezas, “perfectamente divino y perfectamente humano” (Concilio de Calcedonia).

Jesús, entonces, dirige y personaliza la pregunta a los hombres delante de Él: “¿Y ustedes, quién dicen que Soy Yo?” Es entonces que Simón responde: “Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.” No es una coincidencia que esta revelación del misterio espiritual es articulada por Simón. Este es el Simón a quien luego se le llamará Pedro y llegará a ser la piedra sobre la cual la Iglesia de Cristo será construida. Jesús confirma esta respuesta al decir: “Bendito seas, Simón Bar-Jona, porque no te lo enseñó la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.” Pedro está confesando su creencia en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Su receptividad y apertura al don de la Fe le permitió percibir en Jesús aquello que va más allá del solo intelecto humano. Y de este modo, Jesús da un nuevo nombre a Simón – de la misma manera como nuevos nombres son dados en el Bautismo, la Confirmación y la Profesión Religiosa – señalando el hecho que tanto la revelación divina como la virtud sobrenatural de la fe establecen la

plataforma del mero centro de nuestro ser. Pedro, quien liderará la Iglesia a través de malos-entendidos, persecuciones y martirios que caracterizaron los tiempos incipientes de la Cristiandad, está respondiendo a la pregunta crítica de Cristo, y Nuestro Señor está afirmando su respuesta. Por generaciones venideras, será la Iglesia quien revelará y declarará al mundo la persona de Jesús, el Cristo, el Hijo del Dios Vivo. Promocionará y protegerá el depósito de la Fe en su totalidad. Será la Iglesia quien, de generación en generación, protegerá aquella confesión hecha por San Pedro. No habrá una cristiandad paralela. Sin Su Iglesia, no hay Cristo.

Por varias razones, este es el tiempo preciso para considerar la naturaleza e identidad propias de la Iglesia Católica, especialmente si nos preparamos para la celebración del Sínodo Arquidiocesano. Estamos celebrando el Año de la Fe, proclamado por el Papa Benedicto XVI, conscientes de la gran misión dada a la Iglesia por Cristo: “Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt. 28, 19).

Aprovechamos también esta oportunidad para ahondar en el entendimiento de los documentos del Concilio Vaticano II. El Año de la Fe fue precisamente convocado exactamente cincuenta años después de la apertura del Concilio Vaticano II, en el cual tanto el Beato Juan XXIII como el Papa Benedicto XVI participaron. No solamente nos recordamos del Concilio sino, más allá de conmemorarlo, lo haremos nuestro y desarrollaremos sus enseñanzas según su sentido verdadero. “Y este sentido,” según Benedicto XVI, “ha sido y sigue siendo la fe en Cristo, la fe apostólica, animada por el impulso interior de comunicar a Cristo a todos y a cada uno de los hombres durante la peregrinación de la Iglesia por los caminos de la historia.”²

Finamente, hemos alcanzado el XX aniversario del *Catecismo de la Iglesia Católica*, el cual podría ser referido como la ofrenda final del Concilio Vaticano II a la Iglesia y al mundo. Nos recuerda de la belleza y simplicidad de nuestra Fe: recibida, predicada, vivida y compartida en cada generación y en cada esquina del globo terráqueo. La Arquidiócesis de Milwaukee tiene muchas razones para la gratitud, la reflexión, la celebración y el examen de conciencia desde que el Vaticano II publicó su constitución dogmática central sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, el 21 de Noviembre de 1964. Este documento delineó la normativa eclesiológica de la Iglesia Católica Romana y, hoy, mantiene la relevancia y profundidad de sus enseñanzas.

En respuesta a la invitación del Beato Juan XXIII, los participantes del Concilio se dispusieron a hablar al mundo moderno más clara y efectivamente, sin cambiar el Evangelio, pero refinando la manera como era proclamado. Asimismo, los fieles continúan estudiando, meditando y dialogando de tal modo que podamos cultivar nuestra propia apreciación y discernimiento de la Palabra de Dios. De este modo, la intención inmediata del Concilio no fue una de condenar, sino de comprometer, guiar, aconsejar y dirigir la modernidad. En grandes rasgos, las ideologías ateas del siglo XX (v.g. Comunismo, Fascismo, Nazismo, etc.) trataron a la religión como una amenaza al cuerpo político. Estas ideologías buscaron subyugar al individuo al interés colectivo o a la comunidad política, reduciendo a la persona a una tuerca de una maquina más grande e importante.

Para el tiempo del papado del Beato Juan Pablo II, las grandes ideologías y teorías manipuladas por dictadores y autócratas de Europa occidental y central – en ocasiones aceptadas por las masas y celebradas por los miembros de los partidos políticos dominantes – habían, por varias razones, colapsado; la Unión Soviética entró en sus últimos días al encarar las demandas populares por los derechos humanos. En general, estas ideologías fracasaron en el producir las

utopías terrenales que habían prometido. La razón fundamental por la cual estos regímenes cayeron no fue porque la planificación central fracasó en la producción de los efectos económicos deseados, sino porque sus teorías negaban a Dios y violentaban los derechos humanos universales y la dignidad inherente de hombres y mujeres. Cuando un sistema es incorrecto en cuanto a Dios, será necesariamente incorrecto en cuanto a la humanidad. De modo que, estos intentos por organizar la sociedad sin ninguna referencia a lo divino o sin referencia a un lugar para la religión en el ámbito público, produjeron el siglo más sangriento en la historia humana.

En la medida que las ideologías modernas eran concebidas vacías, los seres humanos comenzaron a perder el interés por el intelecto humano y su habilidad para conocer la verdad. Eventualmente, la objetividad misma de la verdad fue cuestionada. Posturas sobre el conocimiento de la verdad absoluta, especialmente la verdad religiosa, eran vistas con escepticismo y como una amenaza al pluralismo y la democracia. Hoy en día, algunos de las dificultades post-modernas más relevantes tienen que ver con contradicciones sin respuesta. Por ejemplo, la única verdad es que nadie realmente conoce la verdad; el único significado posible es el encontrado en la insignificabilidad. En este contexto, el lenguaje mismo no es confiable como medio preciso para la comunicación.

La revolución digital y la villa global están simultáneamente expandiéndose e interactuando y, de algún modo, pareciese cada vez más difícil realizar conexiones reales, humanas e íntimas con otras personas. Por ejemplo, mientras los medios de comunicación social se expanden a modo de permear el globo terráqueo, su efecto es frecuentemente restrictivo a tal punto que uno podría hundirse cada vez más profundamente en relaciones virtuales, las cuales no facilitan una auténtica relación interpersonal, bien sea con aquellas personas con las cuales uno se comunica digitalmente o con aquellos presentes en persona, quienes frecuentemente son desatendidas durante un sinnúmero de interrupciones digitales.

Un cambio sutil ha comenzado a llevarse a cabo: Mientras que el modernismo subyugó el individuo a lo colectivo, la condición post-moderna, desilusionada y despojada de sus fundamentos, exalta al individuo a costa de la comunidad. Esta híper-individualidad, y el correspondiente sentido de aislamiento y alienación, es lo distintivo de la condición post-moderna. “El crecimiento de nuestras posibilidades no ha sido emparejado por un desarrollo comprable de nuestra energía moral. La fortaleza moral no ha crecido a la par del desarrollo científico; al contrario, ha disminuido ya que la mentalidad técnica relega la moralidad a ramo de lo subjetivo; mientras lo que necesitamos es, precisamente, una moralidad pública, una moralidad que sea capaz de responder a las amenazas que pesan en la existencia de todos. El peligro real más grave en estos tiempos se encuentra, precisamente, en este desbalance entre las posibilidades técnicas y la energía moral.”³ En otras palabras, lo que uno *puede* hacer y lo que uno *debe* hacer son dos cosas muy diferentes, y el bienestar, de hecho la misma existencia, de nuestras comunidades depende de nuestra habilidad de discutir los asuntos de la vida pública y acordar los principios absolutos y valores incondicionales.

La pérdida de confianza en la razón y el intelecto – la inhabilidad imaginada de conocer con certeza la verdad sobre uno mismo o el mundo – ha abierto las puertas a filosofías prevalentes o conjunto de concepciones conocidas como *relativismo* y *subjetivismo*. Éstas también afectan la manera como uno concibe la moralidad y la religión. Desde el punto de vista de estas posturas, no existen decisiones absolutamente impermisibles. Del mismo modo, no hay verdades espirituales que exijan obediencia. Presuntamente, todo depende en la propia intención o en las

circunstancias que rodean. Todo es sujeto a excepciones y no hay cabida a exigencias de tipo trascendente.

El Cardenal Ratzinger osadamente ofreció una aclamada homilía durante la Misa de apertura del conclave que lo elegiría Papa en la cual respondió a estas ideas falsas, famosamente referidas como la *dictadura del relativismo*.⁴ Años más tarde, el Papa advirtió sobre formas agresivas de secularismo cuando dijo: “Hoy en día, algunos buscan excluir de la esfera pública las creencias religiosas, relegarlas a lo privado, objetando que son una amenaza para la igualdad y la libertad.”⁵ Los cristianos deben continuar afirmando su propia posición en la sociedad, resistiendo a aquellos que pretenden blanquear la cultura de cualquier color religioso.

Los hombres y las mujeres son humanos precisamente en cuanto poseen razón o intelecto (y pueden aprender la verdad con certeza) y voluntad libre (lo que significa que pueden libremente escoger hacer el bien y evitar el mal). Las personas humanas no son solamente capaces de la lógica. Tal como nos exhortara San Cirilo de Jerusalén: “Conoce tu mismo lo que tú eres: que eres un hombre, doble en naturaleza y Dios es el creador del alma y del cuerpo.” Luego continúa: “Conoce también que ésta tu alma es libre, auto-determinante, la obra más justa de Dios, hecha a imagen de su Creador, inmortal porque Dios la hizo inmortal.”⁶ Podemos apreciar el misterio de la Encarnación sutilmente reflejado en la unión cuerpo-alma del ser humano. Dicho misterio define el corazón mismo de la naturaleza misteriosa de la Iglesia, a través de la cual lo visible y lo invisible, lo perecible y lo eterno, se unen de tal forma que lo finito se eleva hacia lo infinito sin perder su carácter individual. De este modo, la Iglesia llama a hombres y mujeres a el significado más elevado de su destino, el cual, desde un punto estrictamente secular, muchos no se atreven ni a imaginar.

De manera que, hombres y mujeres, por razón de su propia naturaleza, son capaces de encontrar la verdad, escoger el bien y apreciar la belleza. La condición absoluta respecto a, por ejemplo, los derechos humanos universales, los cuales pueden ser descubiertos y entendidos por la razón o el intelecto indistintamente de la propia cultura o generación, encuentran su origen y más alta justificación en la Encarnación y Resurrección de Jesucristo. De esta manera, la persona humana es capaz de develar la significación de la existencia de la humanidad y comprender el mundo que nos rodea.

La Iglesia como *Misterio*

Según el Concilio Vaticano II, *la Iglesia es ante todo un misterio (Lumen gentium 1-8)*. Es también cierto que, tal como los participantes del Concilio enfatizaron en *Gaudium et spes*, “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (*Gaudium et spes 22*). Un misterio es algo que se contempla y se vive. Es valioso en sí mismo como fuente de eterna maravilla. Aunque un misterio trasciende el conocimiento humano, no es in-significante. El meditar en un misterio es sumergirse en áreas más profundas del significado. No es una adivinanza a ser resuelta, sino una verdad más profunda en la cual uno podrá entrar a través del silencio, la contemplación y la humildad. Cuando el Papa Benedicto XVI visitó a los Estados Unidos en el 2008, él abordó este punto en su homilía en la Misa en la Catedral de San Patricio de Nueva York. Los campanarios de San Patricio, en ocasiones conocidos como “la Parroquia de América,” parecían estirarse hacia el cielo, osadamente insistiendo que la Catedral tiene todo su derecho a levantarse en alto justo donde estaba, en medio de tantas tiendas, oficinas y rascacielos. En este contexto, el Papa habló sobre la identidad misteriosa de la Iglesia:

... Los ventanales con vidrieras historiadas que inundan el ambiente interior con una luz mística. Vistos desde fuera, estos ventanales parecen oscuros, recargados y hasta lúgubres. Pero cuando se entra en el templo, de improviso toman vida; al reflejar la luz que las atraviesa revelan todo su esplendor. Muchos escritores –aquí en América podemos recordar a Nathaniel Hawthorne– han usado la imagen de estas vidrieras historiada para ilustrar el misterio de la Iglesia misma. Solamente desde dentro, desde la experiencia de fe y de vida eclesial, es como vemos a la Iglesia tal como es verdaderamente: llena de gracia, esplendorosa por su belleza, adornada por múltiples dones del Espíritu. Una consecuencia de esto es que nosotros, que vivimos la vida de gracia en la comunión de la Iglesia, estamos llamados a atraer dentro de este misterio de luz a toda la gente... Estas palabras nos invitan a una fe cada vez más profunda en la potencia infinita de Dios, que transforma toda situación humana, crea vida desde la muerte e ilumina también la noche más oscura. Y nos hacen pensar en otra bellísima frase de san Ireneo: “Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia”⁷

“La Iglesia está en la historia, pero al mismo tiempo la trasciende. Solamente ‘con los ojos de la fe’ se puede ver al mismo tiempo en esta realidad visible una realidad espiritual, portadora de vida divina.”⁸ Ella no puede ser adecuadamente entendida y descrita sólo a través de formas sociológicas, políticas o seculares de análisis; el misterio trascendente en el corazón de la cristiandad se perdería. Esto se debe a que es en la palabra y el sacramento – que juntas pueden ser consideradas como la lengua nativa de la cristiandad – que la Iglesia se abre al misterio de la Encarnación y sus implicaciones, reconociéndolo como un evento y no como un concepto, permitiendo así a hombre y a mujeres a participar en él. Reflexionando en el Año de la Fe, el Papa Benedicto XVI escribió que “la fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo.”⁹

Como sabemos, la Iglesia ha tradicionalmente celebrado el descenso del Espíritu Santo sobre la Santa Virgen María y los Apóstoles en Pentecostés como un momento significativo en el origen de la Iglesia joven. Esto es porque, mientras el Padre planeó la Iglesia y Jesucristo cimentó sus fundamentos, es el Espíritu Santo quien reúne al Pueblo de Dios, formándolos como comunidad espiritual viva, el Cuerpo de Cristo. El Espíritu Santo desciende sobre el pan y el vino sobre el altar durante la Plegaria Eucarística y los transforma en el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor. De esta misma manera, durante la Sagrada Liturgia el Espíritu Santo desciende sobre el Pueblo Peregrino de Cristo, formándoles en una nueva realidad: el Cuerpo Místico de Cristo. Por esta razón algunos han observado que “la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía.”¹⁰ Es imposible imaginar uno sin el otro, porque su relación es necesariamente mutua.

“La Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino. Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo (cf. Ef. 4,16).”¹¹ La Iglesia es una realidad concreta que ha de ser encontrada en sus propios términos, y no una abstracción que pudiera fácilmente ser manipulada para alcanzar las propias preferencias y opiniones personales.

A través de nuestra propia historia arquidiocesana, el misterio pascual ha motivado vocaciones al sacerdocio, las cuales se han nutrido en el venerable Seminario de San Francisco de Sales. El misterio vivo de la Encarnación y Resurrección de Cristo ha inspirado una innumerable cantidad de hombres y mujeres a levantar miles de estaciones de misión, capillas e iglesias de gran elegancia que han adornado los paisajes de Wisconsin. Este mismo misterio ha inspirado

hospitalidad y caridad por el extranjero, el huérfano y el enfermo a través del patrocinio de asociaciones étnicas, instituciones educativas, orfanatos tales como los de Santa Rosa y San Emiliano, y lugares de servicio para la salud, todos fundados por mujeres consagradas y dinámicas tales como las Hijas de la Caridad, las Hermanas Franciscanas, las Dominicas, las Inesianas, las Hermanas Escolares de *Notre Dame*, entre otras. Estas y muchas otras iniciativas han traducido la identidad misteriosa de la Iglesia, por la cual lo humano y lo divino se encuentran, en obras concretas de Fe y Amor. Habiendo experimentado la misericordia de Dios en la intimidad de sus corazones, estos misioneros fueron impulsados a llevar a cabo el mismo ministerio de reconciliación que había ya cambiado sus propias vidas para siempre.

“La unidad de Cristo y de la Iglesia, Cabeza y miembros del cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante la imagen del esposo y de la esposa.”¹² San Pablo describe esta relación como misteriosa.¹³ Es una expresión de la naturaleza trascendente de la Iglesia, el misterio del amor que se encuentra en el corazón de su ser. Este misterio es sostenido por la gracia, derramado en la Iglesia y manifestado en los sacramentos.

La Iglesia como Sacramento

Muchos de nosotros estamos familiarizados con la definición tradicional de “sacramento”: un signo sagrado, instituido por Cristo, para derramar Su gracia. Una gran cantidad de estudios teológicos se han dedicado a iluminar esta doctrina aparentemente simple. La mayoría enfatiza que un signo siempre apunta hacia algo real que va más allá de sí mismo. Por ejemplo, las Sagradas Escrituras refieren a los milagros que Jesús realizó como “signos,” porque los sacramentos enseñan por un cierto tipo de “lenguaje sagrado de signos.” Otros indican que los sacramentos instruyen y revelan las obras de la gracia de Dios, lo cual es un aspecto esencial de su propósito. Los sacramentos son confiados a la Iglesia por Cristo.¹⁴

El Concilio Vaticano II recobró una imagen antigua para explicar la naturaleza de la Iglesia Católica. La imagen que emplearon los Padres conciliares en *Lumen gentium* fue el antiguo concepto de Iglesia entendida como “sacramento.” El término latino *sacramentum*, que es una traducción de la palabra griega *mysterion*, es traducida al español como “misterio” y “sacramento,” o como “realidad escondida.” La Iglesia es un misterio porque es un sacramento. *Lumen gentium* usa ese término en un sentido análogo para subrayar la doble naturaleza de la Iglesia que, si bien existe en el tiempo y el espacio, apunta a lo eterno y trascendente.

Nosotros experimentamos personalmente esta realidad de la Iglesia. La Iglesia conmemora la institución de las Sagradas Órdenes en la celebración anual de la Misa Crismal arquidiocesana con el obispo. Durante esta Misa, los sacerdotes renuevan sus promesas delante del obispo para continuar participando de su oficio sacerdotal. Los santos óleos para el Bautismo y para la Unción de los Enfermos son bendecidos, mientras que el Santo Crisma para el Bautismo, la Confirmación y las Sagradas Órdenes es consagrado. Los diáconos de la arquidiócesis también se acercan; ellos son ministros ordenados que proclaman la Palabra, asisten en el altar y participan en diversas formas de la pastoral social. Ellos se acercan al altar junto a familias, aquellos llamados a la vida célibe, los consagrados, religiosos, seminaristas y otros ministros. Esta celebración Eucarística única devela de manera profunda la completa y visible decoración de la liturgia celestial, en la cual cada celebración de la Eucaristía toma parte.

La Iglesia manifiesta la presencia de Jesucristo, quien a su vez manifiesta la presencia del Padre; es precisamente por ello que la Iglesia no es solamente una institución, sino también un misterio y un sacramento. Existe una gran cantidad de ejemplos del “Verbo Encarnado” en la Arquidiócesis de Milwaukee. De la Misa sencilla celebrada en la cabaña de Salomón Juneau en 1835, pasando por la erección como Basílica del Templo de Nuestra Señora de *Holy Hill* en el Condado de Washington, a las devotas procesiones de Alemanes, Polacos, Italianos y muchos otros grupos étnicos en Milwaukee y Kenosha, a la presencia de los Irlandeses, cuyo trabajo fue crucial en la construcción inicial y erección de la Catedral de San Juan Evangelista. A través de todos estos eventos hemos podido testimoniar cómo la presencia amorosa de Cristo, quien está “con nosotros siempre,” se ha encarnado en el dinamismo actuante de la Iglesia visible e invisible entre nosotros. Este fenómeno continúa actualizándose y hoy la Arquidiócesis de Milwaukee debe dar gracias a Dios por todas las maneras a través de las cuales los nuevos miembros del Cuerpo de Cristo, inmigrantes de Latino América, África, Asia y otras partes, dan testimonio al hecho que la Iglesia es joven, está viva, es diversa, sigue creciendo y está bendecida con multiformes fuentes de patrimonio cultural.

Jesucristo es ejemplo perfecto y fuente inagotable de santidad. El propósito de los sacramentos es, precisamente, la santificación de hombres y mujeres, la construcción del Cuerpo de Cristo y la adoración de Dios. Jesucristo está presente en los sacramentos no sólo en su origen desde hace más de 2000 años, sino también está realmente presente y activo en ellos hoy. “Son *eficaces* porque en ellos actúa Cristo mismo; Él es quien bautiza, Él quien actúa en sus sacramentos con el fin de comunicar la gracia que el sacramento significa. El Padre escucha siempre la oración de la Iglesia de su Hijo que, en la epiclesis de cada sacramento, expresa su fe en el poder del Espíritu.”¹⁵

“Si Cristo es el Sacramento de Dios, la Iglesia es para la humanidad el Sacramento de Cristo; ella lo representa en su sentido más completo y antiguo; ella lo hace realmente presente.”¹⁶ Una vez más, la Iglesia visible y la Iglesia invisible se unen para formar una misma realidad misteriosa.¹⁷ Aún cuando el Espíritu Santo anima a la Iglesia y, a través de la Iglesia Cristo continúa comunicándose directamente con la humanidad, esto no quiere decir que la vida Trinitaria está determinada o limitada a la Iglesia o a los sacramentos. La misión e identidad de Cristo – las cuales están en el corazón del ministerio de la Iglesia – trascienden en cierto sentido, aún cuando la nutren, a la Iglesia visible.

“El sacramento de la caridad, la Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre.”¹⁸ Una parte importante y relevante del impacto de la Eucaristía es la experiencia de la unidad eclesial; por ejemplo, el mantener a los miembros de la Iglesia unidos en el vínculo de caridad al profesar un mismo credo. De este modo, la Iglesia puede ser vista como el Cuerpo Místico de Cristo. La sacramentalidad de la Iglesia une lo visible con lo invisible, manifestándose, así, en lo local y en lo universal. Esto se debe al hecho que las iglesias visibles y locales encarnan a la Iglesia Universal.

Reflexionando en los aportes del teólogo Henri de Lubac (quien contribuyó enormemente en las reflexiones de los Padres del Concilio Vaticano II), el Cardenal Avery Dulles observó cómo la naturaleza sacramental de la Iglesia es relevante para el mundo moderno. “Lo divino y lo humano de la Iglesia nunca puede ser desasociado. Una visión excesivamente espiritual e individualista [de la Iglesia] conlleva a un mero entendimiento secular y sociológico de la Iglesia como una institución. La noción de sacramento, en cambio, combina armoniosamente ambos aspectos,” lo espiritual y lo institucional.¹⁹

Identificar a la Iglesia de manera exclusiva con su manifestación espiritual, invisible e individual amenaza con obscurecer la conexión necesaria entre la Iglesia y aquello que es ordenado jerárquica o estructuralmente por la integridad comunal de la Iglesia misma.

Tal como ya hemos dicho, el perder de vista el misterio que crea y sostiene la vida de la Iglesia nos deja tan solo con recursos humanos para la ponderación o evaluación que, como tal, son superficiales e incompletas. Este es el reto que la Iglesia enfrenta cada vez que entra en diálogo con aquellos que la conciben sólo como una institución secular o política, carente del beneficio de la Fe. En su humanidad, la Iglesia es susceptible a la corrupción. En su trascendencia, la Iglesia goza de la guía y certeza del Espíritu Santo y del hecho que las puertas del infierno contra ella jamás podrán. Pero desde una perspectiva puramente humana, existe muy poco que la diferencie de otras instituciones de caridad o idealistas. Cuando los miembros de la Iglesia se extravían, cuando cometen pecados o cualquier otro tipo de crímenes o traicionan la vida, amor y gracia que han recibido, entonces, éstos dificultan el poder apreciar con claridad la naturaleza espiritual de la Iglesia y hacen más obvio y enfático su dimensión humana, la cual es siempre imperfecta.

La falta y culpa es, ante todo, de aquellos católicos que obscurecen, con sus propios pecados, la vocación sublime de la Iglesia. Es inevitable pensar en el fenómeno y respuesta inadecuada a los casos de abuso sexual de menores. Sin embargo, debemos estar conscientes de otras maneras específicas en las cuales los cristianos pueden causar escándalo y manchar su identidad bautismal: el racismo, la indiferencia hacia el pobre, las experimentaciones médicas inhumanas, el alto número de divorcios y matrimonios inválidos entre católicos, los altos porcentajes en el uso de anticonceptivos y abortos, la participación en el tráfico humano, la objetivación y trato injusto del trabajador, las nuevas formas inmorales de discriminación, la negligencia en el cuidado de los huérfanos, los enfermos de SIDA y los hambrientos. No obstante, frente al carácter imperfecto del compuesto humano de la Iglesia, debemos insistir en proponer un entendimiento distinto y sutil de la identidad compleja de la y Iglesia. Aún en medios de escándalos y, especialmente, ante la realidad de tener que defender los derechos humanos y la libertad de consciencia, no podemos permitir que la Iglesia y la experiencia cristiana sea definida por otros o sujetas a descripciones reductivas.

Los cristianos, por su parte, pueden ayudar a revelar la identidad compleja y misteriosa de la Iglesia en la medida que respondan a lo que el Concilio Vaticano II describió como el llamado universal a la santidad (LG 39-42). Esto es posible en la medida que vivan la caridad, la justicia, la paz y encuentren maneras de santificar la vida ordinaria. Santo Tomás de Aquino lo puso de esta manera: “Enseñar para llevar a otros a la fe es tarea de cada predicador y de cada creyente.”²⁰ Bien sean modelos contemporáneos o ejemplos históricos, la vida de los santos es, en cierto sentido, sacramental; ellos pudieron revelar más profundamente el misterio cristiano, convirtiéndose en embajadores de Cristo y develando más claramente la realidad interna de la Iglesia. Ciertamente, en la actualidad, tales manifestaciones del ministerio cristiano se hacen palpables en parroquias individuales y, más significativamente, en la celebración de la Eucaristía, en la cual la comunión auténticamente cristiana comienza y culmina.

La Iglesia como *Comunión*

Durante Su ministerio, Jesús trabajó y oró por la unidad de sus seguidores, por la unidad de la Iglesia. Hoy, la Iglesia continúa haciéndose eco de la oración de Nuestro Señor, que todos sean

uno. Entre los bautizados no hay, todavía, una realización completa de este deseo de Cristo. La tarea de la Iglesia, la de todos los hombres y mujeres bautizados, no es un mero reconocimiento de un cierto grado de comunión imperfecta, sino la de trabajar por la reconciliación plena y final de nuestra Iglesia en la fe, en la vida sacramental y en el gobierno apostólico.

Pero la unidad o comunión, por la cual Cristo trabajó intensamente, no es, estrictamente hablando, un fenómeno mundano. La unidad de la Iglesia no viene del mundo; es imposible alcanzarla con puros esfuerzos mundanos. De hecho, como bien sabemos, las fuerzas humanas están teñidas por el pecado original y, consecuentemente, pueden conducir hacia la desunión y el conflicto. La auténtica unión espiritual – un tipo de *comunión* – que caracteriza a la Iglesia de Cristo sólo puede venir del Padre, por el Hijo, sostenida por el Espíritu Santo. Henri de Lubac, asistido por sus conocimientos de los antiguos Padres de la Iglesia, estaba convencido “que ciertas estructuras institucionales permanecen esenciales, aún cuando la Iglesia encuentra su fundamento en la relación de los seres humanos con Dios, a través de Cristo, en el Espíritu Santo.”²¹

El Beato Juan Pablo II hizo uso frecuente del concepto de comunión en cuanto está en el corazón mismo de la auto-comprensión de la Iglesia. “La Iglesia, mientras peregrina aquí en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles.”²² La base teológica para este aspecto de la identidad de la Iglesia se encuentra “en la manera misma de ser de Dios como comunión de personas... Padre, Hijo y Espíritu Santo permanecen unidos en una comunión de amor auto-donante.”²³

La dignidad de la persona humana consiste, ante todo, en ser llamada a la comunión con Dios a través de Cristo, el Redentor Universal. Según el plan salvífico del Padre, este objetivo ha de ser alcanzado no por el encuentro con Dios por individuos aislados, sino por la integración a la comunidad originada en Cristo y continuamente revitalizada por el Espíritu Santo. En la Iglesia de Cristo, comunión no significa una mera comunidad. No puede ser plenamente explicada o comprendida por puros modos de análisis humanos. Su vínculo es espiritual, originado en la Trinidad, y que encuentra su actualización más próxima en la gracia del Espíritu Santo que derrama fe, esperanza y caridad en los corazones de cada bautizado.

Debemos reconocer a la comunión como un don de Dios. La comunión eclesial no es un mero asunto de armonía o acuerdos; se trata de una realidad espiritual que es fruto de la iniciativa de Dios, lograda a través del misterio pascual. La comunión eclesial no es un cierto tipo de auto-observación de la Iglesia. “La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí... la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión.”²⁴ Tal como el Santo Padre enfatizara al inicio del Año de la Fe, “la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino.”²⁵

La comunión eclesial es tanto vertical como horizontal; la conexión vertical significa la relación amorosa de la persona individual cristiana con Dios lo que, a su vez, inspira la expresión horizontal de la comunión; esta última es el amor que habita en los corazones de los bautizados. In cierto sentido, la comunión involucra lo visible y lo invisible, lo humano y lo divino, y como tal es expresión del misterio. Es invisible en cuanto vincula, primeramente, la comunión de cada ser humano con el Padre, a través de Cristo, en el Espíritu Santo. Pero la comunión invisible de la Iglesia, la cual comienza con la transformación interior de cada cristiano, es facilitada y sostenida por los aspectos visibles de la comunión inherentes a la misma Iglesia. La comunión de

la Iglesia es visible en las enseñanzas de los Apóstoles, en los sacramentos y en la naturaleza jerárquica de la Iglesia. A través de estas realidades visibles, Cristo lleva a cabo su ministerio sacerdotal, profético y real por la salvación de la humanidad. Según *Lumen Pentium* la conexión entre los elementos visibles e invisibles de la comunión constituyen a la Iglesia como Sacramento de Salvación.²⁶

El misterio de la comunión eclesial encuentra su más profunda expresión en la celebración de la Eucaristía. “La comunión tiene siempre y de modo inseparable una connotación vertical y una horizontal: comunión con Dios y comunión con los hermanos y hermanas. Las dos dimensiones se encuentran misteriosamente en el don eucarístico.”²⁷

“La comunión eclesial, en la que cada uno es inserido por la fe y el Bautismo (19), tiene su raíz y su centro en la Sagrada Eucaristía. En efecto, el Bautismo es incorporación en un cuerpo edificado y vivificado por el Señor resucitado mediante la Eucaristía, de tal modo que este cuerpo puede ser llamado verdaderamente Cuerpo de Cristo. La Eucaristía es fuente y fuerza creadora de comunión entre los miembros de la Iglesia precisamente porque une a cada uno de ellos con el mismo Cristo: "participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a la comunión con El y entre nosotros: 'Porque el pan es uno, somos uno en un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan' (1 Cor. 10, 17)”²⁸

María, Madre de la Iglesia

Siguiendo la Tradición, el Concilio Vaticano II resaltó el rol que María, Madre de Cristo, juega en la vida de la Iglesia y de cada cristiano (*LG 52-59*). En su maternidad divina, María se une íntimamente a la Iglesia. De hecho, ella es figura, modelo, arquetipo de la Iglesia. La Iglesia, a su vez, es como una madre, en cuanto acepta la Palabra de Dios con fidelidad y ofrece hijos nuevos y eternos a través de la proclamación de la Palabra de Dios y la celebración del Sacramento del Bautismo. Es de esta manera como se podría afirmar que la Iglesia mira a María como modelo de cuidado maternal.

“Sí” es la singular palabra por la cual la Santísima Virgen María ha sido más aclamada. Ella ponderó la verdad en su corazón y la obedeció, ya que es precisamente esto lo que la verdad siempre incita: *obediencia*, libremente donada. Ella quizá no conocía los detalles de los planes de Dios o el largo camino que su fidelidad le haría recorrer, pero lo entregó todo – su voluntad, su entendimiento, su imaginación, su futuro, sus aspiraciones – al Dios que ella conocía y confiaba. Esto no fue un acto de indiferencia pasiva, sino un salto intrépido de fe que demostró su libre abandono y donación a la providencia divina. El ejemplo de fe y deferencia a la voluntad de Dios de María es un prototipo o modelo para aquellos hombres y mujeres que sigan al Señor y construyan su Iglesia. En ocasiones, ante peligros ridículos o, inclusive, graves, muchos de estos hombres y mujeres han permanecido firmes en una vida de fe, de fortaleza moral y de un espíritu de alegría inquebrantable. A ellos les pertenece una de las contribuciones más efectivas en la expansión de la Cristiandad y de la evangelización.

La Iglesia es construida, ante todo, sobre los fundamentos de los Apóstoles y su confesión de Fe. Esto debe ser entendido a la luz de toda la Revelación, específicamente de la vida y obra de Cristo. Justo aquí pudiéramos fijar nuestra atención en San Juan Evangelista, el santo patrón de la Arquidiócesis de Milwaukee, cuyo Evangelio describe el auto-entendimiento de la Iglesia.

Según la tradición, San Juan fue el último sobreviviente de los Apóstoles. San Jerónimo explica que, al final de la vida de su vida, San Juan aceptó una invitación de la Iglesia de Éfeso para predicar y orar con ellos. Cuando llegó, San Juan fue recibido por una gran multitud. Pero estaba tan débil que tuvo que ser cargado y llevado dentro de la Iglesia. Luego de un servicio largo y una introducción elocuente, la gente levantó a Juan por los pies ante una asamblea fervorosa. No pudo decir nada excepto: “Hijitos, ámense los unos a los otros.” Extrañados porque siempre usaba las mismas palabras, le preguntaron: “Maestro, ¿por que siempre dices esto?” Él replicó: “Este es el mandamiento de Nuestro Señor y, si esto fuese lo único que hiciéramos, sería suficiente.”²⁹

Nuestro patrón, San Juan, recibió a María en su hogar tal como Cristo lo deseó. De esta misma manera, la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Evangelista, abre sus brazos a la Santísima Virgen y mira en la Madre de Cristo el arquetipo de la Iglesia. El 21 de Noviembre de 1964, durante la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, el Papa Pablo VI afirmó: “Por la gloria de la Santísima Virgen y nuestra propia consolación, declaramos a María Santísima como Madre de la Iglesia, de todo el pueblo de Dios, de los fieles y los pastores, de todos que la llamamos Madre amadísima.”³⁰ Estas palabras nacen de una profunda atención a la Iglesia como misterio. No sólo reflejan la significativa correspondencia entre Cristo y su Iglesia, sino también nos recuerdan lo que San Juan inmediatamente percibió cuando le fue confiada la Madre del Salvador. “Esas palabras, interpretadas a veces únicamente como manifestación de la piedad filial de Jesús hacia su madre, encomendada para el futuro al discípulo predilecto, van mucho más allá de la necesidad contingente de resolver un problema familiar... Las palabras de Jesús agonizante, en realidad, revelan que su principal intención no es confiar su madre a Juan, sino entregar el discípulo a María, asignándole una nueva misión materna.”³¹

Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, no nos ha dejado solos. Pidiéndonos receptividad, apertura, abandono de nuestra propia voluntad en el misterio, Cristo está con nosotros, ha ido delante de nosotros donde, con su Madre, que ha sido asunta en cuerpo y alma al cielo, podemos estar confiados que Él está preparándonos un lugar en la casa del Padre. Donde Él y María han viajado, esperamos también nosotros ir. Toda la historia de la salvación está orientada hacia un propósito específico que fue perfectamente realizado por María: conformar todo hombre y toda mujer a la imagen de su Hijo, hacer que la humanidad entera sea como Jesús. María nos muestra el punto álgido del éxito de Dios en su tarea santificadora y, a su vez, el culmen del éxito de la humanidad, demostrando como el ser humano puede enaltecerse en cooperación con la gracia de Dios.

La santidad es una de las cuatro cualidades de la Iglesia y, en la Santísima Virgen María, la Iglesia ha ya alcanzado esa perfección en la cual existe sin mancha ni arruga. Pero los fieles aún tratan de conquistar al pecado y crecer en santidad. De modo que ellos vuelven sus miradas a María; en ella la Iglesia ve actualizada su santidad.

María es también modelo último de humildad. No dejemos al mundo definir o distorsionar la virtud de la humildad, piedra angular de todas las virtudes y de una vida interior sana. La humildad no es más que una evaluación firme de uno mismo, con todas las limitaciones propias de la condición humana. Pero la virtud de la humildad pudiera parecer como pasada de moda, insignificante para uno mismo o como una identificación irracional de los propios valores. Por el contrario, la humildad – quizá la virtud más significativa asociada a la Madre de Dios – implica el poder reconocer la verdad sobre nosotros mismos. Plenamente conscientes de nuestras

debilidades y pecados, Dios nos ha escogido, tal como somos, y nos ofrece purificarnos con su misericordia y amor.

Nosotros no lo sabemos todo y tampoco podemos hacerlo todo a perfección. El poder admitir esto es un prerrequisito para el crecimiento, el entendimiento y la virtud, ya que sólo nos dispondremos a buscar algo si admitimos que no lo tenemos. El propio y directo reconocimiento de nuestras limitaciones implica el conocimiento de las ideas de sabiduría y bondad, y la propia capacidad de crecer en ellos. Sólo el humilde es capaz de aprender y sólo aquellos que reconocen el misterio, la Verdad, son capaces de la auténtica humildad. Sólo abrazando el misterio de la Iglesia en humildad seremos capaces de compartir el amor de Cristo y amarnos los unos a los otros.

Epílogo

Como miembros de la Arquidiócesis de Milwaukee, de la Iglesia Católica del Sureste de Wisconsin, es nuestro reto el vivir la verdad profesada por Simón Pedro, que Jesús es el Mesías, el Hijo del Dios vivo. Sólo podremos hacer esto en humildad, dándonos cuenta de nuestras propias limitaciones, confiados en el hecho que con Dios todo es posible. Podremos encontrar gran consuelo en las palabras de Benedict XVI cuando fue elegido Papa, cuando se dirigió a la multitud en la Plaza de San Pedro diciendo que sentía alivio en el hecho que Dios sabe bien como trabajar con herramientas rotas.

Lumen gentium, la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, ofreció al Concilio Vaticano II los fundamentos teológicos para la comprensión de la Iglesia. Esto permitió el trabajo subsiguiente de *Gaudium et spes* al reflexionar teológicamente sobre el mundo moderno, prestando especial atención a “los signos de los tiempos,” ponderándolo todo en relación al Evangelio. Ante la posibilidad de un Sínodo Arquidiocesano, esperamos que esta Carta Pastoral sirva como lente teológico a través del cual la vida y ministerio de la Arquidiócesis sea vista. Esto sólo será posible comprendiendo que la Iglesia está enraizada en un misterio que nos guía a vivir una vida de santidad, teniendo en cuenta que la Iglesia no podría llevar a cabo sus obligaciones sin el reconocimiento y aceptación del misterio que está en el centro de su existencia.

En mi rol como Arzobispo de Milwaukee, he podido comprender la rica y devota tradición de nuestros sacerdotes, diáconos, religiosos, ministros y fieles laicos. Hemos sido bendecidos con la presencia de creyentes que han sacrificado sus vidas y sus bienes para construir la Iglesia y proclamar su fe en Jesucristo. Su única motivación fue, simplemente, el amor de Dios. Es, precisamente, este mismo amor que hoy nos llama a dar una respuesta. Cuando fui nombrado como el onceavo Arzobispo de Milwaukee, presenté tres prioridades pastorales para nuestra Arquidiócesis: la Identidad Católica, la Evangelización y el Servicio. La Identidad Católica es lo que *somos*, lo cual se debe manifestar interna y externamente. Se trata de vivir en armonía con las enseñanzas de la Iglesia y profundizar en la propia vida interior. La Evangelización es lo que *hacemos*. Cada católico es responsable de esparcir la semilla del Evangelio según la propia vocación. Estamos llamados a proclamar a Cristo a cada persona que no lo conoce a Él o a su Iglesia. Estamos también llamados a despertar la Fe en la vida de aquellos en quienes ésta se ha adormecido, motivándolos a continuar el camino de la conversión. El Servicio es *cómo lo hacemos*, comprendiendo que todo lo que poseemos es regalo de Dios que ha de ser compartido con los demás para alcanzar un continuo encuentro con la misericordia y amor divinos.

Ahora que continuamos el camino como Arquidiócesis, nos ponemos en las manos de María, Madre de la Iglesia, y nos confiamos en su santidad y fidelidad como modelo para nuestro apostolado. Recibimos a María, nuestra Madre, tal como la recibió nuestro santo patrón, San Juan Evangelista, dándole la bienvenida en nuestros hogares y en nuestros corazones, esperando realizar el mandamiento de su Hijo de amarnos los unos a los otros.

Dado en Milwaukee, el la Fiesta del Bautismo del Señor, en el XII aniversario de mi Ordenación Episcopal

Su Excelencia Jerome E. ListECKi
Arzobispo de Milwaukee

¹ Rosica, Thomas, “Let Us Not Forget that Peter Holds the Keys,” Zenit (August 16, 2011).

² Benedicto XVI, Homilía, Santa Misa para la Apertura del Año de la Fe, (Ciudad del Vaticano, 11 de Octubre, 2012).

³ Benedicto XVI, entonces Joseph Cardenal Ratzinger, (San Subiaco, 1 de Abril, 2005).

⁴ “A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos.” Joseph Cardenal Ratzinger, Homilía, Misa *Pro Eligendo Pontifice*, (Ciudad del Vaticano, 18 de Abril, 2005).

⁵ Benedicto XVI, Homilía, Viaje Apostólico al Reino Unido, (Glasgow, 16 de septiembre de 2010).

⁶ *Catechesis XVIII*.

⁷ Benedicto XVI, Homilía, Viaje Apostólico a los Estados Unidos de América y Visita a la Sede de las Organizaciones Unidas, (Nueva York, 19 de Abril, 2008).

⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica* n. 770.

⁹ Benedicto XVI, Carta Apostólica, *Porta Fidei* (Roma, 11 de Octubre, 2011), (PF), n. 7.

¹⁰ Juan Pablo II, Carta Encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*, (Roma, 17 de Abril, 2003), n. 26.

¹¹ *Lumen gentium*, n. 8.

¹² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 796.

¹³ Efesios 5, 32.

¹⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1131.

¹⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1127.

¹⁶ De Lubac, H. *Catholicism* (London: Burns and Oats, 1950) 29.

¹⁷ *Lumen gentium*, n. 8.

¹⁸ Benedict XVI, Exhortación Apostólica Post-Sinodal, *Sacramentum Caritatis* (Roma, 22 de Febrero, 2007), n. 1.

¹⁹ Dulles, A. *Models of the Church: Expanded Edition*, (New York: Doubleway, 1987), 64.

²⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, 71, 4 ad 3.

²¹ Doyle, D. “Henri de Lubac and the Roots of Communion Ecclesiology,” *Theological Studies* (1999), 211.

²² Juan Pablo II, Carta Encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 34.

²³ Manion, G. *The Vision of John Paul II: Assessing His Thought and Influence*. (Collegeville: Liturgical Press, 2008), 64.

²⁴ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica, *Christifideles Laici*, (Roma, 30 de Diciembre, 1988), n. 32.

²⁵ PF, n. 14.

²⁶ LG, n. 28.

²⁷ Benedict XVI, *Sacramentum Caritatis*, n. 76.

²⁸ Congregación para la Doctrina de la Fe, “Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos Aspectos de la Iglesia considerada como Comunión,” (Roma, 28 de Mayo, 1992), n. 5, citando a *LG*, n. 7.

²⁹ St. Jerome. *Commentary on Galatians*, 6.

³⁰ *Acta Apostolicae Sedis*, 56 (1965) 1015.

³¹ Beato Juan Pablo II, Audiencia General, 23 de Abril de 1997, *Osservatore Romano* (30 de Abril, 1997), 11.

Con un corazón agradecido, deseo reconocer las siguientes personas que me asistieron en la preparación y producción de esta Carta Pastoral.

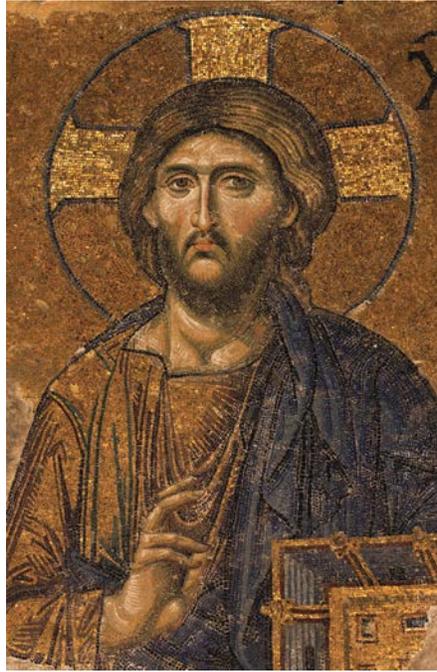
Consejeros Teológicos:

Su Excelencia Richard J. Sklba
Su Excelencia Donald Hying
Abad Marcel Rooney, O.S.B.
Reverendo Steven Avella
Dr. Barbara Anne Cusack
Reverendo Melvin Michalski
Reverendo Philip Bogacki
Reverendo Kenneth Omernick
Reverendo Joseph Shimek
Dr. Steven Shippee
Dr. Daniel Sholz

Asistentes Técnicos:

Hna. Elinor Gardner, O.P.
Randy Nohl
John Paul Shimek, Ph.L.
Amy E. Taylor
Jerry Topczewski
Julie Wolf

Traducido al Español por: Reverendo Javier I. Bustos, S.T.D.



Portada de la Carta Pastoral – Ícono de Cristo Pantocrátor

La portada de la Carta Pastoral usa el ícono de Cristo Pantocrátor. La palabra “Pantocrátor” viene del griego, que significa “Gobernante de Todo.” Esta imagen expresa una realidad central de la fe cristiana: la Divina Majestad del creador y gobernante del mundo entero, hecho carne y, por tanto, visible a todos en la persona de Cristo Jesús, nuestro Redentor.

Éste es el “ícono de íconos.” En esta imagen de Cristo Pantocrátor, Jesús es presentado en media pose, mirando directamente al espectador, sosteniendo las Sagradas Escrituras con su mano izquierda y, con su derecha, ofreciendo su bendición. El sostener de la Sagradas Escrituras significa que Cristo, el Verbo, es el fundamento de la Palabra. Su gesto de bendición explica su doble naturaleza en una misma Persona y revela a la Trinidad que, siendo Tres, es un solo Dios.

(Esta información es una adaptación tomada de la página web de “The Printery House of Conception Abbey” – Traducida al Español por Rev. Javier Bustos)